

LECTURA El escritor propone un recorrido hedonista por las grandezas y miserias de la vida cotidiana en 'Los grandes placeres'

etapa del capitalismo que no les están funcionando ni siquiera a los dueños de los bancos.

P. Usted ha estudiado el fenómeno de los creativos, los emprendedores y las redes digitales. Byung-Chul Han, filósofo alemán de origen coreano, escribió en 2014: "El neoliberalismo convierte al trabajador oprimido en empresario, en empleador de sí mismo. Hoy cada uno es un trabajador que se explota a sí mismo en su propia empresa".

R. Es así. Es importante nombrar el liberalismo como el modo de organización y desorganización económica que ha favorecido esta precariedad. Pero también hay una desresponsabilización de los Estados en cuanto a seguridades sociales, médicas y otras garantías básicas de la vida.

P. ¿Caminamos hacia una sociedad más colaborativa, en la que avance el procomún?

R. Sin duda. Las tecnologías impulsan que se compartan bienes físicos y virtuales. Y vuelven el acceso a la cultura y la comunicación muy fluido.

P. Ese mayor acceso a la cultura es considerado, en ocasiones, como piratería.

R. No se puede denominar piratería a toda forma de descarga libre. Como autor, me interesa la propiedad intelectual y desearía recibir un pago por mis derechos de autor. Pero hay que considerar las nuevas formas de comunicación. Quienes defienden una propiedad intelectual restringida en libros, películas y músicas son principalmente los empresarios. Necesitamos rehacer la legislación: hay formas intermedias entre la llamada piratería y el procomún absoluto. Porque también existen mafias que sí piratean.

P. La irrupción de las nuevas tecnologías produce un extrañamiento, sostiene usted. ¿Se declara más bien *tecnosceptico* o *tecnoutópico*?

R. Trato de evitar los dos precipicios. Lo primero es agradecer las facilidades de una comunicación más intensa y extensa. Pero la democratización de los usos de tecnologías recientes no necesariamente crea horizontalidad, ni logra abolir las jerarquías. Como científico social, me parece más prudente acercarse al *tecnoscepticismo*, lo cual implica aceptar lo técnico, no rechazarlo, pero sabiendo que hay que administrarlo.

P. Es decir...

R. Que Google sea el gran proveedor mundial de contenidos culturales no es para alegrarse.

P. ¿Qué otras cosas no son motivo de celebración en este mundo en el que vivimos?

COORDENADAS

Un libro. "Como ensayo, *La corrosión del carácter*, de Richard Sennett. Es un libro con 15 años que percibe los efectos que la precarización neoliberal tiene sobre las relaciones sociales".

Una certeza: "Los afectos contruidos con cuidado".

Una propuesta: "Darles el micrófono a los que hoy no consiguen arrebatarlo".

R. El resurgimiento y expansión de creencias religiosas como fuga. Produce mucha sorpresa la expansión de religiones tradicionales de Occidente, como las de las mal llamadas sectas.

P. Nada que ver con el papa Francisco...

R. También. Es un personaje complicado. Yo conozco bastante su actuación en Argentina y no le puedo creer tanto como la mayoría de los medios.

P. ¿Qué es lo que usted critica?

R. Como Papa, tuvo la inteligencia de afrontar algunas de las fuentes de desprestigio de la Iglesia católica, como una parte del hostigamiento sexual de los sacerdotes hacia los niños. Está reduciendo el carácter escandalosamente agresivo que contra la sociedad ha tenido la Iglesia. Pero hay que decir que cuando estaba en Argentina, apoyó explícitamente a los grupos ultraconservadores que rompieron piezas en la inauguración de la exposición de León Ferrari. Es una figura compleja. Me parece muy astuto.

LOS BUENOS MODALES

Por GIUSEPPE SCARAFFIA

Los buenos modales: bastan estas tres palabras para evocar a frágiles abuelas y artificiosas zalamerías. El enemigo más insidioso y letal de los buenos modales fue el 68, con su culto rousseauniano a una hipotética naturalidad. Los excesos de entonces, desde la simple mala educación hasta el abandono rayano en la violencia, han quedado atrás, pero ha permanecido la idea de que la persona auténtica, al contrario que la *falsa*, no debe esconder sus reales, y a menudo mezquinos, sentimientos.

La cortesía es un placer que se nos concede, sus trayéndose a la prisa artificiosos que nos empuja a atropellarnos los unos a los otros. Además, como decía Emerson, "los buenos modales requieren tiempo, y no hay nada más vulgar que la prisa". La velocidad con la que nos precipitamos sobre un bufé para reaparecer con un plato rebusante de comida es directamente proporcional a la vivacidad del ascenso social.

Para Baudelaire, la cortesía es la mejor manera de mantener la distancia con los demás. Fitzgerald, de hecho, observaba que las personas elegantes eran amabilísimas con los extraños y deliberadamente bruscas con los íntimos. Por algo Proust insiste en la inefable amabilidad del duque de Guermantes, que trata a los conocidos con una cortesía que raya en lo servil.

También la timidez puede convertirse en una excusa para ser maleducados. En cualquier caso es el síntoma de una excesiva y, por ello, poco cortés concentración en sí mismo. Después de una cierta edad, amonestaban Frutteto y Lucenini, tiene tanto sentido afirmar: "Soy tímido", como decir: "Soy suizo". Lo mismo vale para la torpeza. La hospitalaria Gertrude Stein tuvo que renunciar a recibir a Ezra Pound: "No quiero volver a ver a Ez. Basta con que entre y se siente aquí durante media hora para que cuando se vaya todo esté roto: la silla, la lámpara... Ez me cae bien,

pero no puedo permitirme el lujo de tenerlo en casa, eso es todo".

Es difícil establecer los límites entre la amabilidad y la pasividad. En el automóvil, la doncella de los Huxley ocupaba perentoriamente el sitio más cómodo, al lado del conductor, y nadie la detuvo nunca. ¿Indiferencia? ¿Bondad? En cualquier caso, mejor pasarse de cortés que lo contrario. Al advertir que un sirviente estaba robando a escondidas una galleta, el Rey Sol, cuenta Saint-Simon, se precipitó sobre él incremándolo. Otro caso de mal carácter, pero más elegante, es el de Somerset Maugham, quien tras haber descubierto a un amigo robándole un por aquel entonces preciado aguacate, no se lo perdonó nunca, aunque tampoco se lo echó en cara.

La avaricia es enemiga de los buenos modales.

El duque de Westminster, contaba asombrada Coco Chanel, salía a menudo sin sombrero para evitar tener que dejar propina a los guardarrupas. La propina no debe avergonzar nunca a quien la recibe ya sea por su exigüidad o por su exceso. Claro que también existen los fuera de serie, como Proust, que una noche llegó a pedir al portero galoneado del Ritz un billete prestado para luego dejárselo de propina.

Aunque ceder el paso ya no es motivo de duelo, hay quien todavía, ignorando sexo, edad y oportunidad, se precipita hacia la salida tratando por todos los medios de adelantar a los demás. Todos sabemos que la magnífica Villa dei Tatti del esteta Harold Acton se ha convertido en una fundación para los estudios del Renacimiento, pero muy pocos recuerdan que nadie podía alardear de haber salido nunca antes que él de una estancia. Un día, Casanova le cedió el paso a un amigo que quería satisfacer sus necesidades: un momento después, el otro resultó aplastado por la caída de una chimenea. Ante lo cual Casanova concluyó: "Hay que dejar pasar a la gente y, sobre todo, ser educados".



El segundo Duque de Westminster y Coco Chanel, en las carreras.



'LOS GRANDES PLACERES', Giuseppe Scaraffia. Traducción de Francisco de Julio Carroles. Editorial Periférica. 18,90 euros.